

to como admiradores del talento incomparable que os ha producido, como por aspirar á continuar de lejos la misma empresa, siendo soldados jóvenes de una causa, de la que sois el veterano mas glorioso.

»Lo que quisisteis hace treinta años y lo que yo querria, si me es lícito nombrarme despues que vos, es asegurar á los intereses que militan en nuestra hermosa Francia una ley de combate mas humana, mas civilizada, mas fraternal, mas concluyente que la guerra civil. ¿Cuándo lograremos poner frente á frente las ideas en vez de los partidos, y los intereses legítimos y respetables en vez de los disfraces, el egoismo y la codicia? ¿Cuándo veremos efectuarse por medio de la persuasion y de la palabra esas inevitables transacciones que el duelo de los partidos y la efusion de sangre traen tambien por consuncion, pero de nasiado tarde, para los muertos de los dos campos y con mucha frecuencia sin provecho para los heridos ó sobrevivientes? Como decís dolorosamente, caballero, parece que muchas lecciones han sido perdidas y que no se sabe ya en Francia lo que cuesta el refugiarse bajo un despotismo que promete silencio y descanso. No por eso debemos dejar de continuar hablando, escribiendo é imprimiendo: á veces salen recursos muy imprevistos de la constancia. Por eso de tantos buenos ejemplos como habeis dado, el que siempre tengo presente está comprendido en una sola palabra: perseverancia.

»Recibid, caballero, los sentimientos de inalterable afecto con que tengo á dicha confesaros vuestro mas afectísimo servidor.

»A. CARREL.»

«Puteaux, junto á Neully, 4 de octubre de 1854.»

Mr. Carrel fue encerrado en Santa Pelagia, é iba yo á verle dos ó tres veces por semana: encontrábase de pié detrás de los hierros de su ventana, y me recordaba á su vecino, un leon jóven de Africa en el jardin de las plantas: inmóvil junto á los hierros de su jaula, el hijo del desierto paseaba sus miradas vagas y tristes por los objetos exteriores: conociase que no viviria mucho tiempo. En seguida bajábamos Mr. Carrel y yo: el servidor de Enrique V se pesaba con el enemigo de los reyes en un patio húmedo, sombrío, estrecho y rodeado de altas paredes, como un pozo. Tambien en aquel patio se paseaban otros republicanos: aquellos jóvenes y ardientes revolucionarios, con bigotes, barba, largos cabellos y gorro teuton ó griego, de páido semblante, miradas adustas y aspecto amenazador, tenían el aire de aquellas almas preexistentes en el Tártaro antes de llegar á la luz: disponíanse á hacer irrupcion en la vida. Su traje causaba en ellos el efecto que el uniforme en el soldado, que la sangrienta camisa de Neso en Hércules: era aquel un mundo vengador, oculto tras de la sociedad actual, y que hacia estremecer.

Por las noches se reunian en el cuarto de su gefe Armand Carrel, en donde hablaban de lo que habian de hacer á su advenimiento al poder y de la necesidad de derramar sangre. Suscitábanse discusiones acerca de los grandes ciudadanos del terror: unos, partidarios de Marat, eran ateos y materialistas; otros, admiradores de Robespierre, admiraban á ese nuevo Cristo. ¿No habia dicho San Robespierre, en su discurso sobre el Ser Supremo, que la creencia en Dios daba fuerzas para arrostrar la desgracia, y que la inocencia sobre el cadalso hacia palidecer al tirano sobre su carro triunfal? Artimaña de un verdugo que habla con enternecimiento de Dios, de desgracia, de tiranía, de cadalso, á fin de persuadir á los hombres que no mata mas que culpables, y eso por un efecto de virtud; prevision de malhecho-

res que, viendo llegar el castigo, se constituyen de antemano en Sócrates ante el juez, y procuran asustar al cuchillo amenazándole con su inocencia.

La permanencia en Santa Pelagia hizo daño á monsieur Carrel: encerrado con cabezas ardientes, combatía él sus ideas, les reñía, les desafiaba, negándose con nobleza á ituminar el 21 de enero; pero al mismo tiempo se irritaba con los padecimientos, y su razon se deslumbraba por los sofismas del asesinato que resonaban á sus oídos.

Las madres, hermanas y mujeres de aquellos jóvenes venian á cuidarlos por las mañanas y arreglar su cuarto. Pasando yo un dia por el corredor que conducia al cuarto de Carrel, oí una voz encantadora que salia de un aposento inmediato: una mujer hermosa, sin sombrero, y con los cabellos sueltos, sentada en el borde de un jergon, estaba cosiendo el vestido desgarrado de un preso arrodillado, que no tanto parecia el cautivo de Felipe como el de la mujer á cuyos piés estaba encadenado.

Puesto Mr. Carrel en libertad, venia á verme á su vez. Algunos dias antes de su hora fatal habia venido á traerme el número de *El Nacional* en que se habia tomado la molestia de insertar un artículo relativo á mis *Ensayos sobre la literatura inglesa*, y en que habia citado con demasiados elogios las páginas que terminan aquellos *Ensayos*. Despues de su muerte me entregaron dicho artículo, escrito todo de su mano, y que conservo como una prenda de su amistad. ¡Despues de su muerte! ¿Qué palabras acabo de trazar sin hacer alto en ellas!

Aun cuando sea el duelo un suplemento obligado á las leyes que no conocen las ofensas hechas al honor, no por eso es menos horrible, sobre todo cuando destruye una vida llena de esperanzas y priva á la sociedad de uno de esos hombres raros que solo aparecen despues del trabajo de un siglo en la cadena de ciertas ideas y de ciertos sucesos. Carrel cayó en el bosque que vió caer al duque de Enghien: la sombra del nieto del gran Condé sirvió de testigo al ilustre plebeyo, y lo llevó consigo. Ese bosque fatal me ha hecho llorar dos veces: al menos no me tengo que echar en cara haber faltado en esas dos catástrofes á lo que debia á mis simpatías y á mi dolor.

Carrel, que en sus demás desafíos jamás habia pensado en la muerte, pensó en ella antes de este, y empleó la noche en escribir, como si hubiese sido avisado del resultado del combate. El 22 de julio de 1835 se dirigió puntual y ligero á aquellos bosques en que el corzo juega á la misma hora.

Colocado á la distancia convenida, caminó con rapidez, y disparó sin perflarse, como era su costumbre: parecia que nunca habia bastante peligro para él. Herido mortalmente, y sostenido en brazos de sus amigos, al pasar por delante de su adversario, herido tambien, le dijo:—«¿Padeceis mucho, caballero?» Armand Carrel era tan afable como intrépido.

El 22 supe demasiado tarde el accidente: el 23 por la mañana me dirigí á Saint-Mandé: los amigos de Mr. Carrel se hallaban sobremana alarmados. Quise entrar; pero el cirujano me hizo observar que mi presencia podria causar al enfermo una emocion sobrada viva y hacer desvanecer la débil vislumbre de esperanza que todavia se tenia. Retiréme consternado. Al dia siguiente, 24, cuando me disponia á volver á Saint-Mandé, Jacinto, á quien habia enviado delante, vino á decirme que el infortunado jóven habia espirado á las cinco y media, despues de sufrir atroces dolores: la vida en toda su fuerza habia dado un combate desesperado á la muerte.

Los funerales tuvieron lugar el martes 26. Ha-

bian llegado de Rouen el padre y el hermano de Mr. Carrel, y los hallé encerrados en un cuarto con tres ó cuatro de los compañeros mas íntimos del hombre cuya pérdida deplorabamos. Me abrazaron, y el padre de Mr. Carrel me dijo:—«Armando hubiera sido cristiano como su padre, su madre, sus hermanos y sus hermanas: no le faltaba á la aguja mas que recorrer algunas horas para llegar al mismo punto del cuadrante.» Sentiré eternamente no haber visto á Carrel en su lecho de muerte: no habria desesperado en el momento supremo de hacer recorrer la aguja el espacio que la separaba del punto en que se habria fijado sobre la hora del cristiano.

Armand Carrel no era tan anti-religioso como se ha supuesto: tenia dudas, y cuando de la firme incredulidad se pasa á la indecision, se está muy próximo á llegar á la certidumbre. Pocos dias antes de su muerte decia:—«Daria toda esta vida por creer en la otra.» Dando cuenta del suicidio de Mr. Santelet, habia escrito estas enérgicas palabras:

«He podido conducir mi vida en el pensamiento hasta ese instante, rápido como el relámpago, en que la vista de los objetos, el movimiento, la voz y el sentimiento huirán de mí, y en que las últimas fuerzas de mi espíritu se reunirán para formar la idea: muero, pero el minuto, el segundo que seguirá inmediatamente despues me ha causado siempre un horror indefinible: mi imaginacion se ha negado siempre á adivinar nada de él. Las profundidades del infierno son mil veces menos espantosas de medir que esa universal incertidumbre:

To die, to sleep.

To sleep! perchance to dream!

»He visto en todos los hombres, cualquiera que sea la fuerza de sus caracteres ó de sus creencias, esa misma imposibilidad de ir mas allá de su última impresion terrestre, y perder allí la cabeza, como si al llegar á este término se encontrara uno suspendido sobre un precipicio de diez mil piés. Se procura desecher esa espantosa vista para ir á batirse en duelo, dar el asalto á un reducto ó arrostrar un mar embravecido: hasta parece que se mofa uno de la vida y muestra un semblante tranquilo, contento, sereno; pero es porque la imaginacion presenta el triunfo antes que la muerte; porque el ánimo se para mucho menos en los peligros que en los medios de salir de ellos.»

Estas palabras son notables en boca de un hombre que debia morir en un duelo.

Quando en 1800 volví á Francia, ignoraba que en la costa donde desembarcaba me nacia un amigo. En 1830 he visto bajar á ese amigo á la tumba, sin esos consuelos religiosos cuyo recuerdo traia á mi patria el primer año del siglo.

Seguí al féretro desde la casa mortuoria hasta el sitio de la sepultura: iba al lado del padre de monsieur Carrel, y daba el brazo á Mr. Arago: Mr. Arago ha medido el cielo que habia yo cantado.

Al llegar á la puerta del pequeño cementerio campestre se detuvo el convoy, y se pronunciaron discursos. La ausencia de la cruz me indicaba que el signo de mi afliccion debia permanecer en el fondo de mi alma.

Hacia seis años que al pasar en las joradas de julio por delante de la columnata del Louvre, cerca de un foso abierto, encontré allí á unos jóvenes que me llevaron al Luxemburgo, á donde iba á protestar en favor de una monarquía que acababan ellos de derribar: despues de seis años iba yo á asociarme en el aniversario de las fiestas de julio al sentimiento de

aquellos jóvenes republicanos, como se habian asociado ellos á mi fidelidad. ¡Extraño destino! Armand Carrel ha exhalado su último suspiro en casa de un oficial de la guardia real que no ha prestado juramento á Felipe; realista y cristiano, he tenido el honor de llevar una punta del velo que cubre nobles cenizas, pero que no las ocultará.

Muchos reyes, príncipes, ministros y hombres que se creian poderosos han desfilado por delante de mí, y no me he dignado quitar mi sombrero á su féretro ó consagrar una palabra á su memoria. He hallado mas que estudiar y que pintar en las filas intermedias de la sociedad que en las de los que hacen llevar su librea: una casaca bordada de oro no equivale al pedazo de franela que la bala introdujo en el vientre de Carrel.

Carrel, ¿quién se acuerda de vos? Las medianías y los cobardes á quienes vuestra muerte ha librado de vuestra superioridad y de su miedo, y yo, que no era de vuestras ideas. ¿Quién piensa en vos? ¿Quién se acuerda de vos? Os felicito por haber acabado un viaje cuyo prolongado espacio se hace tan desagradable y desierto, por haber acercado el término de vuestra marcha al alcance de una pistola, distancia que os pareció demasiado grande aun y que redujisteis avanzando á la longitud de una espada.

Envidio á los que han marchado antes que yo: como los soldados de César en B. Indis, tiendo mi vista desde lo alto de las rocas de la costa sobre el alto mar, y miro hácia el Epiro por si veo volver á las naves que traspasaron á las primeras legiones, para llevarme á mi vez.

Despues de haber revisado esto en 1839, añadiré que habiendo visitado en 1837 la sepultura de monsieur Carrel, la encontré muy descuidada, pero vi una cruz de madera negra que habia colocado junto al muerto su hermana Natalia. Pagué al enterrador Vaudran diez y ocho francos que quedaban aun á deberse por el enverjado, y le encargué que cuidase de la fosa, sembrase en ella cesped y mantuviese flores. A cada cambio de estacion marchó á Saint-Mandé para pagar mi compromiso y asegurarme de que mis intenciones han sido fielmente ejecutadas (1).

#### DE ALGUNAS MUJERES.

Próximo á terminar mis apuntes, y pasando revista en torno mio, veo mujeres á quienes he olvidado involuntariamente, ángeles agrupados por bajo de mi cuadro, están apoyados sobre el marco para mirar el fin de mi vida.

En otros tiempos encontré mujeres diversamente conocidas ó célebres. Las mujeres han cambiado hoy de sistema: ¿valen mas ó valen menos? Muy natural es que yo me incline á lo pasado; pero lo pasado está rodeado de un vapor, en el que los objetos toman un tinte agradable y á veces engañoso. Mi juventud hácia la cual no puedo ya volver, me causa el mismo efecto que mi abuela: apenas me acuerdo de ella, y volveria á verla con gusto.

Del *Mechascebée* me ha llegado una luisianesa: créi ver en ella á la virgen de los últimos amores.

Celestina me ha escrito varias cartas que podrian estar fechadas de la *luna de las flores*: me ha enseñado fragmentos de memorias que ha compuesto en

(1) *Recibos del enterrador*.—«He recibido de Mr. de Chateaubriand la suma de diez y ocho francos que quedaban á deberse por el enverjado que rodea la tumba de Mr. Armand Carrel, Saint-Mandé 21 de junio de 1837.—En resguardo.—*Vaudran*.»

«He recibido de Mr. de Chateaubriand la suma de veinte francos para la conservacion en buen estado de la tumba de Mr. Armand Carrel, en Saint-Mandé. Paris 28 de setiembre de 1839.—En resguardo.—*Vaudran*.»



las sabanas de Alabama. Algun tiempo despues me escribió Celestina que estaba ocupándose en hacer un traje para su presentacion en la córte de Luis Felipe; yo volví á tomar mi piel de oso. Celestina se ha cambiado en cocodrila del pozo de las Floridas: concédale el cielo paz y amor en tanto que aquellas cosas duran.

MAD. TASTU.

Hay personas que interponiéndose entre uno y su pasado impiden á vuestros recuerdos llegar hasta vuestra memoria: otras hay que se mezclan desde luego á lo que uno ha sido. Mad. Tastu produce este último efecto. Su manera de hablar es natural, habiendo dejado la jerga gaula á los que creen rejuvenecerse ocultándose en las casacas de nuestros abuelos. Favorino decía á un romano que afectaba hablar el latín de las doce tablas: — «¿Queréis conversar con la madre de Evandro?»

Ya que hablo de la antigüedad, diré algo de las mujeres de sus pueblos, bajando la escala hasta nuestra época. Las mujeres griegas han celebrado á veces la filosofía; con mas frecuencia han seguido á otra divinidad: Safo se quedó convertida en la inmortal sibila de Guido; no se sabe lo que hizo Corina despues de haber vencido á Pindaro; Aspasia habia enseñado Venus á Sócrates.

«Sócrates, sé dócil á mis lecciones. Llénate del entusiasmo poético: por su encanto poderoso lograrás que te corresponda el objeto á quien amas: con el sonido de la lira lograrás encadenarlo, transmitiendo hasta su corazón por su oído la imágen acabada de la pasión.»

El soplo de la musa que pasó sobre las mujeres romanas sin inspirarlas vino á reanimar á la nacion de Clodoveo, todavía en la cuna. La lengua de Oyl tuvo á María de Francia: la lengua de Oc á la dama de Die, la cual, en su castillo de Vaucluse, se quejaba de un amigo cruel.

«Querria yo saber, mi gentil y hermoso amigo, por qué sois conmigo tan duro y tan cruel.»

La edad media trasmite estos cánticos al renacimiento. Luisa Labé decía:

«¡Ay! ¡Si fuese yo arrehatada en el hermoso seno de aquel por quien muero!»

Clementa de Bourges, llamada la Perla oriental, que fue enterrada con el rostro descubierto y la cabeza coronada de flores á causa de su belleza, las dos Margaritas y María Estuardo, reinas las tres, han expresado sencillas debilidades en lenguaje sencillo.

Yo he tenido una tia casi de esa época de nuestro Parnaso; Mad. Claudia de Chateaubriand; pero estoy mas apurado con Mad. Claudia, que con la señorita de Boisteilleul. Mad. Claudia encubriéndose bajo el nombre del amante, dirige sus setenta sonetos á su querida. Lector, perdona á los veinte y dos años de mi tia Claudia: *parcendum teneris*. Si mi tia Boisteilleul era mas discreta, lo debia á tener quince lustros y medio cuando cantaba, y el traidor Tremigon no se presentaba ya á su antiguo pensamiento de currucino como un milano.

De todas maneras creo oportuno presentar algunos pensamientos de las rimas de mi tia Claudia, por las que merece ocupar un puesto entre las antiguas poetas:

PENSAMIENTOS TOMADOS DEL SONETO LXVI.

«¡Ah! ¡De qué extraña manera me trata el amor,

puesto que no me da aliento para juntar la verdad de mis deseos, ni me atrevo á quejarme de su rigor, ni á pedirle lo que mas he deseado!»

«Mis ojos me servirán de idioma en lo sucesivo para poder expresarte libremente lo que siento. Oigan (entiendan) pues, tus ojos, lo que mis ojos te digan.

«¡Feliz invencion seria la de poder conseguir que los ojos oyeran y dijeran el concepto que los labios no se atreven á pronunciar!»

Cuando se fijó la lengua se estrechó la libertad de sentir y de pensar. No se recuerda del tiempo de Luis XIV mas que á Mad. Deshouliers, alternativamente elogiada y despreciada en demasia. La elegía se prolongó por el pesar de las mujeres, bajo el reinado de Luis XV hasta el de Luis XVI, en donde principian las grandes elegías del pueblo: la antigua escuela viene á morir en Mad. de Bourdin, poco conocida hoy, y que sin embargo ha dejado una oda notable sobre el silencio.

La nueva escuela ha arrojado sus pensamientos en otro molde: Mad. Tastu camina en medio del coro moderno de las mujeres poéticas, en prosa y verso, las Allart, las Walder, las Valmore, las Segalas, las Revoil, las Mercoeur, etc. etc., *castalidum turba*. Habrá que sentir que, á ejemplo de las Aonidas, no haya celebrado esa pasión que, segun la antigüedad, desarruga la frente del Cocito y la hace sonreír á los suspiros de Orfeo? En los conciertos de Mad. Tastu, el amor no repite sino himnos tomados de voces extranjeras. Esto recuerda lo que se dice de Mad. Malibrán, que cuando queria dar á conocer un ave, cuyo nombre habia olvidado, imitaba su cántico.

MAD. SAND.

A Jorge Sand, llamada por otro nombre Mad. Du-devant, que habló de René en la *Revista de ambos mundos*, le di las gracias: ella no me contestó. Algun tiempo despues me envió á *Lelia*, y no le contesté. Muy luego tuvo lugar una breve explicacion entre los dos.

«Me atrevo á esperar que me perdonareis el no haber contestado á la carta lisonjera que tuvisteis á bien escribirme cuando hablé de René con motivo de *Oberman*. No sabia cómo daros las gracias por todas las expresiones benévolas que habeis empleado respecto de mis libros.

«Os he enviado á *Lelia*, y deseo vivamente que merezca tambien vuestra proteccion. El privilegio mas hermoso de una gloria universalmente aceptada como la vuestra es acoger y animar en sus principios á los escritores inexpertos, para los que no hay triunfo duradero sin vuestro patronato.

«Recibid la seguridad de mi alta admiracion, y tenedme, caballero, por uno de vuestros mas fieles creyentes.

«JORGE SAND.»

A fines de octubre Mad. Sand me envió su nueva novela *Jacobo*: acepté el regalo.

«30 de octubre de 1850.

«Me apresuro, señora, á ofreceros mis sinceras gracias. Voy á leer el *Jacobo* al bosque de Fontainebleau, á orillas del mar. Si fuera mas joven, tendria menos valor; pero los años me defenderán contra la soledad sinuitar nada á la admiracion apasionada que profeso á vuestro talento, y que á nadie oculto. Habeis añadido, señora, un nuevo prestigio á esta ciudad de los sueños, de donde partí en otro tiempo para Grecia con un mundo entero de ilusiones: ha-

biendo vuelto al punto de partida, René paseó últimamente en el Lido sus pesares y recuerdos entre Childe-Harold, que se habia retirado ya, y Lelia, próxima á aparecer.

«CHATEAUBRIAND.»

Mad. Sand posee un talento de primer orden: sus descripciones tienen la verdad de las de Rousseau en sus *Meditaciones* y de las de Bernardin de Saint-Pierre en sus *Estudios*. Su estilo franco no está manchado con ninguno de los defectos del día. *Lelia*, penosa de leer, y que no ofrece algunas de las escenas deliciosas de *Indiana* y de *Valentina*, es, no obstante, una obra maestra en su género: de la naturaleza de la orgía, carece de pasión, y perturba como una pasión: le falta el alma, y sin embargo, pesa sobre el corazón: la depravacion de las máximas; el insulto á la rectitud de la vida no pueden ir mas lejos; pero sobre ese abismo la autora hace descender su talento. En el valle de Gomorra cae por las noches el rocío sobre el mar Muerto.

Las obras de Mad. Sand, esas novelas, poesía de la materia, son producto de la época. A pesar de su superioridad es de temer que la autora, por la naturaleza misma de sus escritos, haya estrechado el círculo de sus lectores. Jorge Sand no pertenecerá nunca á todas las edades. De dos hombres iguales en genio, uno de los cuales predique el orden y el otro el desorden, el primero atraerá mayor número de oyentes: el género humano rehusa aplausos unánimes á lo que lastima la moral, almohada sobre la que duermen el débil y el justo: nadie asocia á todos los recuerdos de su vida libros que han causado nuestro primer rubor, y cuyas páginas no ha aprendido de memoria descendiendo de la cuna; libros que han sido leídos á hurtadillas; que no han sido nuestros compañeros confesados y queridos; que no se han mezclado, ni al candor de nuestros sentimientos, ni á la integridad de nuestra inocencia. La Providencia ha encerrado en límites estrechos los triunfos que no tienen origen en el bien, y ha dado la gloria universal por estímulo á la virtud.

Bien sé que raciocino como hombre cuya limitada vida no abraza el vasto horizonte *humanitario*; como hombre retrógrado, adicto á una moral que causa risa, moral caduca de otros tiempos, buena cuando mas para espíritus sin luces en la infancia de la sociedad. Muy pronto va á nacer un nuevo Evangelio, muy superior á los lugares comunes de esa sabiduría de convenio que detiene los progresos de la sabiduría humana y la rehabilitacion de ese pobre cuerpo tan calumniado por el alma. Cuando las mujeres recorran las calles; cuando baste para casarse abrir una ventana é invocar á Dios para la boda como testigo, sacerdote y convidado, entonces quedará destruido todo recato, habrá desposorios por todas partes, y se elevará uno, como las palomas, á la altura de la naturaleza. Mi crítica del género de las obras de Mad. Sand, no tendria pues, valor alguno, sino en el orden vulgar de las cosas pasadas: de consiguiente espero que no se ofenderá aquella por lo que digo: la admiracion que le profeso debe hacerle disculpar observaciones que tienen su origen en la infelicidad de mi edad. En otro tiempo me habria dejado arrebatado mas por las musas: estas hijas del cielo eran en otro tiempo mis hermosas queridas; hoy no son mas que mis antiguas amigas: por la noche me hacen compañía en el rincón de mi hogar; pero me abandonan pronto, porque me acuesto temprano, y ellas se van á velar al hogar de Mad. Sand.

Sin duda Mad. Sand probará asi su omnipotencia intelectual, y, sin embargo, agrada menos, porque

será menos original; creará aumentar su poder entrando en las profundidades de esos ensueños, bajo los cuales se nos sepulta á nosotros, vulgo deplorable, y no tendrá razon; porque ella es muy superior á ese vacío, á ese abismo, á ese orgulloso galimatías. Al paso que hay que poner en guardia contra necedades superiores una facultad rara, es preciso prevenirle tambien que los escritos de imaginacion, las pinturas íntimas (como se dice ahora), son limitados; que su fuente está en la juventud; que cada instante seca algunas gotas, y que al cabo de cierto número de producciones se acaba por repeticiones pálidas.

¿Puede asegurarse que Mad. Sand encontrará siempre el mismo encanto en lo que compone hoy? ¿No perderán en su juicio el mérito y el arrebató de las pasiones de veinte años, como las obras de mis primeros dias se han rebajado en el mio? Únicamente los trabajos de la musa antigua son los que no cambian, sostenidos como están por la nobleza de las costumbres, la belleza del lenguaje y la magestad de esos sentimientos difundidos en toda la especie humana. El cuarto libro de la *Eneida* quedó para siempre expuesto á la admiracion de los hombres, porque está suspendido en el cielo. La escuadra que trae al fundador del imperio romano; Dido, fundadora de Cartago, atravesándose el pecho despues de anunciar á Aníbal,

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

el Amor haciendo brotar de su antorcha la rivalidad de Roma y Cartago, y poniendo fuego con su tea á la pira fúnebre, cuya llama divisa Eneas fugitivo sobre las olas, es otra cosa que el paseo de un visionario por un bosque, ó la desaparicion de un libertino que se ahoga en una charca. Espero que Mad. Sand asociará algun dia su talento á asuntos tan duraderos como su genio.

Mad. Sand no puede convertirse sino por la predicacion de ese misionero de calva frente y de blanca barba, llamado *el tiempo*. Una voz menos austera encadena el oído cautivo de la poetisa. Estoy persuadido de que el talento de Mad. Sand tiene alguna raiz en la corrupcion; seria vulgar si se hiciese timorata. Otra cosa hubiera sido si hubiese permanecido siempre en el santuario no frecuentado de los hombres: su energía de amor, contenida y oculta bajo el velo virginal, habria arrancado de su seno esas poderosas melodías que participan de la mujer y del ángel. Como quiera que sea, la osadía de las doctrinas y la voluptuosidad de las costumbres son un terreno que no habia sido aun cultivado por una hija de Adán, y que, entregado á una mano femenina, ha producido una cosecha de flores desconocidas. Dejemos á Mad. Sand engendrar peligrosas maravillas hasta la aproximacion del invierno: ella dejará de cantar cuando *llegue el cierzo*: entre tanto suframos que, menos imprevisor que la cigarra, haga provision de gloria para el tiempo en que haya escasez de placer. La madre de Musarion repetia á este: — «No siempre tendrás diez y seis años. ¿Se acordará siempre Chereas de sus juramentos, de sus lágrimas y de sus besos (1)?»

Por lo demás, multitud de mujeres han sido seducidas y como arrebatadas por sus jóvenes años; y vueltas al hogar materno hácia los dias de otoño, han añadido á su cítara la cuerda grave ó lastimera sobre la que se expresa la religión ó la desgracia. La vejez es una viajera nocturna para quien está oculta la tierra, y que no descubre mas que el cielo brillante por encima de su cabeza.

(1) Luciano: *Diálogos de las cortesanas*, vii.